

TIHOMIR LOZA

Serbia y Croacia: el crepúsculo de los dictadores

Por vez primera desde el derrumbamiento de la antigua Yugoslavia, los regímenes de Serbia y Croacia se han visto gravemente sacudidos por protestas públicas multitudinarias que suscitan perspectivas de cambio político de las que podrían beneficiarse el conjunto de los Balcanes. Al concentrar la atención internacional sobre la falta de democracia en dichos estados, los acontecimientos podrían forzar un cambio en la política occidental hacia la región que pudiera contribuir a encontrar una solución a la crisis de Bosnia-Herzegovina.

En Belgrado, el presidente serbio, Slobodan Milosevic, se enfrenta a las mayores protestas convocadas contra su régimen desde que se hizo con el poder en 1987. Su intento de privar a la coalición opositora Zajedno (Unidos) de su victoria en las elecciones municipales ha tenido como resultado manifestaciones diarias de protesta. En Zagreb, el Gobierno del presidente croata tuvo un sobresalto mayúsculo cuando 100.000 personas se reunieron en la plaza principal de la capital con el propósito de oponerse al cierre de Radio 101, una emisora local. Se trataba de la primera protesta multitudinaria contra Tudjman, cuya convalecencia por cáncer abre la perspectiva de una Croacia sin su actual presidente. Los dictadores de los Balcanes empezaron con mal pie el invierno.

Estas concentraciones contra los respectivos regímenes autoritarios han sido provocadas por el tipo de maniobras autocráticas que ambos dictadores han ido llevando a cabo en los últimos años. Pero esta vez, el contexto es diferente.

La orden dictada por Milosevic a los jueces serbios de anular las elecciones municipales fue una bofetada a la clase media urbana cuyos votos habían otorgado a la oposición su victoria en las grandes ciudades. Quizás no tuviera tanto de sorpresa, viniendo del hombre que ocho años atrás había afirmado que violaría la Constitución si ésta se interpusiera en su camino, y que no ha hecho en esto más que mantener su palabra. Pero en esta ocasión no ha esgrimido pretextos como las amenazas exteriores a Serbia que utilizó para justificar en otro tiempo sus

Tihomir Loza es coeditor de la revista *War Report*, publicación del Institute for War & Peace Reporting, de Londres. Este artículo se publicó en el número de noviembre/diciembre de 1996 de *War Report*.

Traducción: Pablo Carbajosa.

Varias de las manifestaciones estudiantiles de Belgrado han culpado a Milosevic, no por haber provocado la guerra, sino por haberla perdido y ceder ante Occidente.

acciones. No es sólo que abandonara a su suerte a los ciudadanos serbios mientras ordenaba una carnicería en los países vecinos. Es sencillamente que el hostigamiento de sus propios ciudadanos no estuvo nunca en el centro de su atención ni en la de los medios internacionales.

Tampoco es que a sus ciudadanos pareciera importarles mucho. "Es un hijo de puta, pero seguirá siendo nuestro hijo de puta mientras mantenga lejos de nosotros las calamidades de las guerras yugoslavas". Esta era, básicamente, la argumentación de la clase media serbia. Hoy Serbia se encuentra, empero, empobrecida y exhausta y se ha quedado sin enemigo exterior. La clase media no tiene ya por qué tolerar más al dictador.

Radio 101 no constituía más que una minucia para Tudjman. La suya es una historia de persecución de los medios de comunicación independientes que pocos dictadores postcomunistas pueden igualar. Tampoco es que le agrade perder el poder en las grandes ciudades. Perdió las elecciones municipales de octubre de 1995 en Zagreb y se ha negado a reconocer la derrota hasta la fecha. Pero ninguna de estas cosas, ni siquiera su actuación durante la época de la guerra, provocó el revuelo ocasionado por el cierre de una popular emisora de radio que, aunque ridiculiza con frecuencia al régimen, raramente pone en entredicho sus fundamentos.

La clase media de Zagreb, incluyendo a la mayor parte de su población joven, vivió los conflictos post-yugoslavos en medio de un relativo silencio. En general, hicieron causa común con Tudjman en la cuestión de la minoría serbia y fingieron ignorar los estragos de las milicias croatas en Bosnia. Sin embargo, Zagreb se sentía agraviado por quienes se vieron directamente envueltos en el conflicto, no tanto por lo que estaban llevando a cabo como por puro esnobismo: medidos por el rasero de Zagreb parecían gente atrasada. Ahora que los asuntos estratégicos de importancia nacional parecen haberse resuelto de modo satisfactorio, Zagreb ya no desea mantener a su antaño amado dictador.

Estos cambios demuestran que las sociedades serbia y croata tienen todavía un largo camino que recorrer antes de poder enfrentarse a su pasado más reciente. La población urbana de Serbia y Croacia no ha abandonado todavía su estur por nacionalista. Varias de las manifestaciones estudiantiles de Belgrado han culpado a Milosevic, no por haber provocado la guerra, sino por haberla perdido y ceder ante Occidente. Pero cualesquiera que sean las limitaciones ideológicas y los motivos egoístas de los que protestan, no cabe duda de que se han levantado contra la dictadura.

Los posibles sucesores

Vud Draskovic, dirigente del Movimiento de Renovación Serbio (SPO), y Zoran Djindjic, del Partido Demócrata, los dos políticos con más probabilidades de suceder a Milosevic, se oponen a su herencia comunista, pero no a su política nacionalista. Tratarán, desde luego, de aparecer como prooccidentales, lo que representaría un cambio de primera importancia en la política exterior de Belgrado. Ninguno de los dos podrá convertirse en hombre fuerte al modo de Milosevic, y este hecho cambiará el clima político entre los serbios.

En Croacia, el mismo Tudjman es el único impedimento serio a la democratización, puesto que sólo su papel mesiánico mantiene unida a la actual estructura de poder. Es poco probable que su partido, la Unión Democrática Croata (HDZ), sobreviva a su desaparición. Pero, incluso con Tudjman, la HDZ carece de posibilidades de conseguir la mayoría por sí misma, y Tudjman tampoco puede contar con ganar limpiamente las elecciones presidenciales del próximo año. A su régimen le sucederá con toda probabilidad un Gobierno de coalición.

La presencia de Milosevic y Tudjman ha sido ampliamente aceptada en el exterior como una característica de hecho de la región. De manera que la perspectiva de su pronto retiro exige ser repensada de forma rápida y creativa por parte de los responsables occidentales de política exterior. Para muchos de ellos resultará doloroso, entre otras cosas porque habrán de esconder el hecho de que la fortaleza de ambos dictadores en sus respectivos países provenía en buena medida de la fuerza que les atribuían los ministros de Asuntos Exteriores occidentales. Es verosímil la turbación de Londres, debido al apasionado apoyo mostrado por sus responsables políticos a Milosevic y la causa serbia, al igual que la de Washington, que tan cínicamente dio pábulo a Tudjman.

No obstante, los responsables de política exterior occidentales todavía pueden hacer algo por sus protegidos, amén de por ellos mismos. Aún gozan de suficiente influencia como para asegurarse de que los dos dictadores abandonen el poder sin brusquedades cuando llegue el momento de la verdad, algo que puede tardar un mes o un año, pero que al cabo, sucederá.

El trabajo de los cancilleres

Los responsables políticos occidentales pueden empezar a trabajar también con las fuerzas con más probabilidades de suceder a Milosevic y Tudjman. "Cuanto más se pida, más se dará" debe constituirse en principio rector de sus contactos con los dirigentes de la oposición serbia y croata, en especial en lo referente a Bosnia. Es necesario clarificar cuestiones y retorcer el brazo cuando sea necesario, sobre todo con la oposición serbia. En una reciente entrevista del semanario *Slobodna Bosna*, Djindjic volvió a hablar de la meta estratégica de su partido: unificar a Serbia y a la Republika Srpska. Sin embargo, sus declaraciones para consumo exterior son mucho más matizadas; ha llegado a ofrecer su plena cooperación al Tribunal de Crímenes de Guerra. Los nuevos dirigentes buscarán desesperadamente verse apreciados y "adoptados" por Occidente, lo que les permitiría ejercer mayor influencia.

El conjunto de acuerdos firmados en Dayton se concibió sobre el supuesto de la continuidad en el poder de los hombres fuertes de Belgrado y Zagreb. Dicho enfoque tenía sentido en tanto se aplicase una interpretación minimalista de los acuerdos de Dayton: el fuego ha cesado y los ejércitos se han retirado a sus respectivas entidades, sin duda gracias a Milosevic y Tudjman. Pero eso ha sido todo: ninguno de ellos puede hacer nada más. Si permiten regresar a los refugiados, ¿a santo de qué libraron la guerra? Si conceden la extradición de los principales sospechosos de crímenes de guerra, se encontrarán encausados ellos mismos. Pero el *status quo* de Bosnia resulta insostenible. O, para ser más precisos, sólo puede

sostenerse si permanece un gran contingente de tropas de la OTAN fuertemente armado todo lo que dure la primera mitad del siglo XXI. Teniendo en cuenta que éste no es el caso, la única alternativa consiste en interpretar Dayton estrictamente al pie de la letra.

Si se aplica esta interpretación maximalista del acuerdo, Milosevic y Tudjman aparecen como impedimentos de por sí a cualquier avance que vaya más allá del alto el fuego. Resulta difícil influir sobre un poder que se concentra en las manos de una sola persona. Pero una vez que el poder ahora retenido por Milosevic y Tudjman se distribuya de forma democrática, Belgrado y Zagreb mostrarán una flexibilidad mucho mayor. Es hora de comprobarlo. Occidente debe exigir un compromiso firme de los dirigentes de la oposición serbia y croata con el imperio de la ley, los derechos humanos y de las minorías, la libertad de expresión y los principios de la democracia parlamentaria.

*Una vez que
el poder
ahora
retenido por
Milosevic y
Tudjman se
distribuya de
forma
democrática,
Belgrado y
Zagreb
mostrarán
una
flexibilidad
mucho mayor.*